

El valle del terror

Arthur Conan Doyle

TUS LIBROS
SELECCIÓN

ANAYA

Título original:
The Valley of Fear, Londres, 1915

© De la traducción: Juan Manuel Ibeas, 1998
© De la presentación y apéndice: Vicente Muñoz Puelles, 2014

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño y cubierta: Gerardo Domínguez
Retrato de autor: Enrique Flores

Primera edición, septiembre 2014

ISBN: 978-84-678-6156-3
Depósito legal: M. 22078/2014
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

El valle del terror



Sir Arthur Conan Doyle

Traducción:
Juan Manuel Ibeas

Presentación y apéndice:
Vicente Muñoz Puelles

Ilustración:
Enrique Flores

ANAYA

PRESENTACIÓN

ARTHUR CONAN DOYLE

Adrian, el hijo más joven de Arthur Conan Doyle, recordaba que a veces, después de recibir una visita perturbadora o una carta misteriosa, su padre se encerraba en el despacho durante uno o dos días. «Lo que le llevaba a recluirse de aquel modo —escribió— era la necesidad de abstraerse completamente, para rastrear la pista de algún misterio. Todo lo que ocurría durante el encierro, nuestras pisadas silenciosas, la bandeja con la comida que no había probado y que dejaba a la entrada de la habitación, la tensión que nos invadía, tanto a la familia como al servicio, eran el reflejo de la mente incansable de mi padre, quien, al otro lado de la puerta, estaba incubando algún relato inédito».

Debió de ser durante alguno de esos períodos cuando Conan Doyle urdió esta novela, El valle del terror, que es la última y la más larga de las cuatro que escribió sobre Sherlock Holmes, a quien, como todos los devotos lectores del personaje saben, dedicó también cincuenta y seis cuentos.

La novela se publicó en forma de episodios, como era costumbre, en la revista The Strand Magazine, desde septiembre de 1914, recién empezada la Primera Guerra mundial, hasta mayo de 1915. La primera edición estadounidense del libro es de marzo de 1915, y la primera edición inglesa, de junio de ese mismo año.

El público de su tiempo disfrutó con la claridad de la prosa y el diálogo trepidante de la novela, y pronto la consideró como una de las mejores descripciones de la relación entre Holmes y Watson, y una de las narraciones más brillantes de Conan Doyle.

Algunos críticos, sin embargo, lamentaron el desplazamiento del centro de la acción desde Gran Bretaña a los Estados Unidos, que tiene lugar en mitad de la historia, y especularon con la idea de que en reali-



dad El valle del terror eran dos novelas engarzadas entre sí, y no una sola. A esa impresión contribuyen dos factores. En primer lugar, la estructura del libro, que está dividido en dos partes de igual número de capítulos y parecida extensión, además del imprescindible epílogo. En segundo lugar, que ambas partes, aunque en una aparece Holmes y en la otra no, son excelentes.

Un experto en Holmes, Bliss Austin, que durante un tiempo fue propietario del manuscrito de El valle del terror, afirmó una vez que Arthur Conan Doyle no había escrito sesenta grandes historias de detectives, esto es, los cincuenta y seis relatos y las cuatro novelas de Sherlock Holmes, sino sesenta y una, porque la segunda parte de El valle del terror, «Los batidores», podía figurar por sí sola como una de las mejores ficciones detectivescas jamás escritas.

Otro aliciente del libro es la reaparición del profesor James Moriarty, el mayor enemigo de Holmes, a quien él mismo calificó de «Napoleón del crimen». Algunos estudiosos de Holmes han señalado la incongruencia de que, en «El problema final», relato perteneciente a Las Memorias de Sherlock Holmes (1893), Watson le dice a Holmes que nunca ha oído hablar de Moriarty, mientras que en El valle del terror, cuya acción está situada años antes, el propio Watson se refiere a él como «el célebre hombre de ciencia criminal». Y es que, cuando Doyle escribió «El problema final», utilizó a Moriarty para asesinar a Holmes, personaje de cuya popularidad estaba harto, mientras que cuando escribió El valle del terror, ya se había reconciliado con el famoso detective, al que había resucitado, y necesitaba adjudicarle un rival de su talla. Cabe destacar que Moriarty solo aparece directamente en esos dos textos de Doyle, y, sin embargo, su figura y su capacidad para hacer el mal permanecen en nuestra memoria como si se enfrentase a Holmes en cada caso. «El mayor maquinador de todos los tiempos, el organizador de todas las maldades, el cerebro que rige los bajos fondos, un cerebro que habría sido capaz de forjar o de hacer fracasar el destino de las naciones. Eso es Moriarty». Así lo define Holmes al comienzo de esta novela memorable.

Vicente MUÑOZ PUELLES

Primera parte

La tragedia de Birlstone

Capítulo I

El aviso

—Me siento inclinado a pensar... —dije.

—Yo que usted lo haría —comentó Holmes, en tono impaciente.

Me tengo por uno de los mortales con más aguante que existen, pero reconozco que me molestó aquella interrupción sarcástica.

—De verdad, Holmes —dije muy serio—, a veces se pone usted un poco cargante.

Él estaba demasiado absorto en sus propios pensamientos para dar una respuesta inmediata a mi protesta. Tenía la cabeza apoyada en una mano, el desayuno sin tocar delante, y la mirada clavada en la hoja de papel que acababa de sacar de un sobre. A continuación, cogió el sobre, lo acercó a la luz y examinó con mucha atención tanto el exterior como la solapa.

—La letra es de Porlock —dijo, pensativo—. No me cabe duda de que es la letra de Porlock, aunque solo la había visto dos veces antes de ahora. Esta «e» de estilo griego, con un floreo en lo alto, es característica. Pero, si es de Porlock, tiene que tratarse de algo de primerísima importancia.

Hablaba consigo mismo, más que conmigo, pero el interés que despertaron sus palabras disipó mi enfado.

—¿Quién es ese Porlock? —pregunté.

—Porlock, Watson, es un *nom de plume*¹, un simple seudónimo, pero tras él se oculta una personalidad

Sarcástica:

Que implica sarcasmo; es decir, ironía e intención de ridiculizar.

¹ Literalmente, «nombre de pluma», es decir, el nombre que adopta un escritor, o, como se explica en el texto, seudónimo. (En francés en el original.)



astuta y evasiva. En una carta anterior ya me decía con franqueza que no era su verdadero nombre, e incluso me desafiaba a dar con él entre los millones de personas que hormiguan en esta gran ciudad. Porlock es importante no por sí mismo, sino por el gran personaje con el que está en contacto. Piense en el pez piloto² que acompaña al tiburón, en el chacal que sigue al león..., en cualquier ser insignificante que va en compañía de otro formidable. No solo formidable, Watson, sino siniestro..., siniestro en el más alto grado. Eso es lo que le hace caer dentro de mi jurisdicción. ¿Me ha oído hablar del profesor Moriarty?

—El famoso científico criminal, tan conocido entre los delincuentes como...

—Me hace ruborizar, Watson —murmuró Holmes en tono de reproche.

—Iba a decir «como desconocido por el público».

—¡Un golpe con estilo! —exclamó Holmes—. Watson, está usted desarrollando una inesperada vena de humor socarrón contra la que voy a tener que protegerme. Pero, a los ojos de la ley, al llamar criminal a Moriarty, está usted cometiendo difamación, y esto es precisamente lo grandioso y asombroso del asunto. El mayor intrigante de todos los tiempos, el organizador de toda clase de fechorías, el cerebro que controla el hampa..., un cerebro capaz de forjar o destruir el destino de naciones enteras. Ese es Moriarty. Pero se encuentra tan a cubierto de las sospechas del público, tan inmune a las críticas, tan admirablemente organizado y enmascarado que, por esas palabras que acaba usted de pronunciar, podría llevarle a los tribunales y quedarse con su pensión de un año como indemnización por su honor dañado.

Chacal:
Mamífero cánido parecido al lobo, pero de menor tamaño y con el pelaje pardo rojizo o gris amarillento (blancuzco en las partes inferiores); vive en las regiones templadas de Asia, África y sudeste de Europa.

² Diversos carángidos del género *Naucrates*, de color gris azulado, que viven en los mares cálidos; se denomina en especial peces piloto a los *N. ductor*, porque acompañan a los grandes escualos y a los barcos de marcha lenta, y se nutren de desperdicios.



¿Acaso no es el ilustre autor de *La dinámica de un asteroide*, un libro que asciende a tan vertiginosas alturas de pura matemática que se dice que no había nadie en la prensa científica capaz de criticarlo? ¿Se puede calumniar a un hombre así? El médico deslenguado y el profesor difamado: esos serían sus respectivos papeles. Eso es genio, Watson. Pero si no me lo impiden hombres de menos talla, estoy seguro de que ya llegará nuestro día.

—¡Y ojalá esté yo allí para verlo! —exclamé con entusiasmo—. Pero me estaba hablando de ese Porlock.

—Ah, sí. El llamado Porlock es un eslabón de la cadena, situado a poca distancia del gran punto de fijación. Aquí entre nosotros, Porlock no es un eslabón muy fuerte. Es el único punto débil de la cadena, al menos hasta donde yo he podido tantearla.

—Y la fuerza de una cadena se mide por su eslabón más débil.

—Exacto, querido Watson. De ahí la extrema importancia de Porlock. Empujado por alguna rudimentaria tendencia al bien, y estimulado por el juicioso incentivo de algún que otro billete de diez libras que se le envía por caminos tortuosos, me ha proporcionado en una o dos ocasiones información anticipada que ha resultado muy útil: de esa clase de utilidad que es la más elevada que existe, porque anticipa y evita el crimen en lugar de castigarlo. No me cabe duda de que, si dispusiéramos de la clave, comprobaríamos que este comunicado pertenece a esa categoría que le digo.

Una vez más, Holmes extendió el papel sobre la bandeja que no había utilizado. Me puse en pie y miré por encima de él la curiosa inscripción, que decía lo siguiente:

534 C2 13 127 36 31 4 17 21 41
DOUGLAS 109 293 5 37 BIRLSTONE
26 BIRLSTONE 9 127 171



—¿A usted qué le parece, Holmes?

—Evidentemente, es un intento de transmitir información secreta.

—¿Pero de qué sirve un mensaje en clave sin la clave?

—En este caso, de nada.

—¿Por qué dice «en este caso»?

—Porque hay muchos escritos en clave que yo leería con la misma facilidad con que leo los mensajes ocultos de la sección de anuncios personales. Esos artificios tan toscos sirven de entretenimiento a la inteligencia sin fatigarla. Pero esto es diferente. Está claro que se trata de una referencia a las palabras de una página de algún libro. Hasta que no me digan qué página y qué libro, no puedo hacer nada.

—¿Y eso de «Douglas» y «Birlstone»?

—Está claro que se trata de palabras que no figuran en la página en cuestión.

—¿Y por qué no le indica el libro?

—Querido Watson: seguro que usted mismo, con su sagacidad innata, esa astucia congénita que tanto hace gozar a sus amigos, evitaría meter en el mismo sobre el mensaje y la clave. Si cayeran en malas manos, estaría usted perdido. De este modo, tendrían que extraviarse las dos cosas para que usted saliera perjudicado. Ya es hora del segundo reparto, y mucho me sorprendería que el correo no nos trajera una nueva carta de explicación o, lo que es más probable, el libro mismo al que hacen referencia estas cifras.

Las previsiones de Holmes se cumplieron a los pocos minutos, con la aparición de Billy, el recadero, que traía la carta que estábamos esperando.

—La misma letra —comentó Holmes—. Y esta vez viene firmada —añadió en tono alborozado al desdoblar la carta—. Vamos progresando, Watson.

Pero su ceño se frunció al pasar la vista por el texto.

Congénita:
Que nace con la
persona, es natural
y no aprendido.



—Vaya por Dios, esto es muy decepcionante. Me temo, Watson, que todas nuestras expectativas se han quedado en nada. Espero que no le suceda nada malo al tal Porlock. Dice:

«Querido señor Holmes: No voy a seguir adelante en este asunto. Es demasiado peligroso. Él sospecha de mí, se nota que sospecha. Vino a verme completamente de improviso cuando yo ya había escrito la dirección en este sobre con la intención de enviarle la clave del mensaje. Conseguí tapanlo, pero si lo llega a ver, me habría ido muy mal. Aun así, pude advertir la sospecha en sus ojos. Por favor, queme el mensaje cifrado, que ya no le va a servir de nada.

Fred PORLOCK».

Holmes permaneció sentado un buen rato, estrujando la carta entre sus dedos y frunciendo el ceño, con la mirada fija en el fuego de la chimenea.

—Por otra parte —dijo por fin—, puede que no sea nada grave. Podría tratarse tan solo de su conciencia culpable. Como sabe que es un traidor, es posible que vea acusaciones en la mirada del otro.

—Supongo que «el otro» es el profesor Moriarty.

—Nada menos. Cuando uno de estos tipos habla de «él», ya se sabe a quién se refiere. Para todos ellos solo existe un «él» que importe.

—Pero ¿qué puede hacer?

—¡Hum! Esa es una pregunta muy amplia. Cuando tienes contra ti a uno de los mejores cerebros de Europa, respaldado por todos los poderes de las tinieblas, las posibilidades son infinitas. Sea como sea, está claro que el amigo Porlock está muerto de miedo. Haga el favor de comparar la letra de la carta con la del sobre, que, según nos dice, ya había escrito antes de la funesta visita. Esta es clara y firme; la otra, apenas se puede leer.



—¿Y por qué escribió la carta? ¿Por qué no se limitó a tirar el sobre?

—Por temor a que, en ese caso, yo hiciera algunas averiguaciones acerca de él que podrían ocasionarle complicaciones.

—Será eso, sin duda —dije yo, que había cogido el mensaje original en clave y lo miraba frunciendo las cejas—. La verdad es que resulta bastante exasperante pensar que en esta hoja de papel puede esconderse un importante secreto y que no hay poder humano capaz de descifrarlo.

Sherlock Holmes había apartado a un lado su desayuno sin haberlo probado, y encendió la maloliente pipa que le servía de compañía en sus más profundas meditaciones.

—¿Usted cree? —dijo, echándose hacia atrás y mirando al techo—. Tal vez haya detalles que han escapado a su maquiavélico intelecto. Consideremos el problema a la luz de la razón pura. Esto hace referencia a un libro. Ese es nuestro punto de partida.

—Alo impreciso es.

—Veamos entonces si podemos reducir las posibilidades. A medida que concentro la mente en ello, menos impenetrable me parece. ¿Qué indicaciones tenemos acerca de ese libro?

—Ninguna.

—Vamos, vamos, no puede estar tan mal la cosa. El mensaje en clave comienza por una cifra alta, 534, ¿no es así? Podemos tomar como hipótesis de trabajo que 534 es la página concreta a la que se refiere la clave. Con eso, nuestro libro se convierte en un libro *extenso*, con lo cual ya hemos ganado algo, qué duda cabe. ¿Qué otras indicaciones tenemos acerca de la naturaleza de este libro extenso? El siguiente signo es C2. ¿Qué le dice eso, Watson?

—Capítulo segundo, sin duda.

—Es poco probable, Watson. Seguro que estará de acuerdo conmigo en que, si nos dicen la página, no

Maquiavélico:
Que actúa con
astucia y perfidia
para conseguir sus
propósitos.



nos hace ninguna falta el capítulo. Y además, si la página 534 corresponde solo al capítulo segundo, la longitud del primero debe de haber sido verdaderamente insoportable.

—¡Columna! —exclamé.

—Magnífico, Watson. Esta mañana está usted fulgurante. O mucho me equivoco, o es columna. Pues bien, fíjese en que ya empezamos a visualizar un libro extenso, impreso a dos columnas, ambas de considerable longitud, ya que una de las palabras está numerada en el documento con el 293. ¿Hemos llegado a los límites de lo que puede revelarnos la razón?

—Me temo que sí.

—No se hace usted justicia a sí mismo. Un poco más de chispa, querido Watson. Un poco más de inspiración. Si el libro en cuestión fuera poco corriente, me lo habría enviado. En cambio, lo que se proponía, antes de que sus planes se frustraran, era enviarme la clave en este sobre. Es lo que dice en su carta. Esto parece indicar que se trata de un libro que él pensaba que yo no tendría dificultad en encontrar por mi cuenta. Él lo tiene, y suponía que yo también debería tenerlo. En resumen, Watson: se trata de un libro muy corriente.

—Desde luego, eso que dice parece verosímil.

—Y así, hemos reducido nuestro campo de investigación a un libro extenso, impreso a dos columnas y de uso corriente.

—¡La Biblia! —exclamé en tono triunfal.

—¡Bien, Watson, bien! Pero no del todo, si me permite decirlo. Aun suponiendo que yo aceptara ese cumplido, sería difícil imaginar otra obra con menos probabilidades de encontrarse al alcance de la mano de un cómplice de Moriarty. Además, las ediciones de las Sagradas Escrituras son tan numerosas que difícilmente podría este hombre suponer que nuestros dos ejemplares tuvieran la misma paginación. Evidentemente, se trata de un libro de edición única.



Nuestro hombre está seguro de que su página 534 coincide exactamente con mi página 534.

—Pero hay muy pocos libros que cumplan esas condiciones.

—Exacto. Y eso es lo que nos salva. Nuestra búsqueda queda reducida a libros de carácter general, que se supone que todo el mundo tiene.

—¡La *Bradshaw*!³.

—Hay inconvenientes, Watson. El vocabulario de la *Bradshaw* es inquieto y conciso, pero limitado. La selección de palabras se presta muy mal al envío de mensajes corrientes. Queda descartado la *Bradshaw*. Por la misma razón, me temo que el diccionario es inaceptable. ¿Qué nos queda, pues?

—Un almanaque.

—¡Excelente, Watson! O mucho me equivoco, o ha dado usted en el clavo. ¡Un almanaque! Vamos a considerar las posibilidades del *Almanaque Whitaker*⁴. Es de uso frecuente. Tiene suficiente número de páginas. Está impreso a dos columnas. Aunque en sus comienzos utilizaba un vocabulario reservado, en los últimos tiempos, si no recuerdo mal, se ha vuelto bastante florido —cogió el volumen de su escritorio—. Aquí está la página 534, segunda columna: una buena parrafada que trata, por lo que veo, sobre el comercio y los recursos de la India británica. Copie las palabras, Watson. La número trece es «Maharatta»⁵. Me temo que no es un comienzo muy prometedor. La número 127 es «Gobierno», que al menos tiene sentido junto con la otra, aunque no parece que tenga mucho que ver con nosotros ni con el profesor

³ *Bradshaw* era la guía de ferrocarriles británicos, editada por George Bradshaw, que se empezó a publicar en 1839 y se siguió actualizando durante más de cien años.

⁴ *Whitaker* era el almanaque británico de más difusión, similar al *World Almanac* de los Estados Unidos.

⁵ Confederación de caciques que, en la primera mitad del siglo XVIII, disponía del más poderoso ejército de la India. Tras diversos enfrentamientos, los británicos consiguieron, en 1818, anexionar su territorio a la presidencia de Bombay.



Moriarty. Sigamos probando. ¿Qué hace el gobierno de Mahratta? ¡Malo! La siguiente palabra es «cerdas». Estamos perdidos, querido Watson. Esto se acabó.

Hablaba en tono festivo, pero el temblor de sus tupidas cejas delataba su decepción y su fastidio. Me senté, impotente y desolado, y me quedé mirando el fuego. El largo silencio fue roto por una repentina exclamación de Holmes, que se precipitó hacia un armario, del que salió con un segundo volumen de tapas amarillas.

—Watson, este es el precio de vivir demasiado al día —exclamó—. Nos adelantamos a nuestro tiempo y sufrimos el castigo habitual. Como estamos a 7 de enero, hemos buscado en el almanaque nuevo, como debe ser. Pero es más que probable que Porlock sacara su mensaje del viejo. Seguro que nos lo habría advertido si hubiera llegado a escribir su carta explicativa. Veamos ahora lo que nos tiene reservado la página 534. La palabra número trece es «hay», que resulta mucho más prometedora. La número 127 es «mucho». «Hay mucho» —los ojos de Holmes brillaban de entusiasmo, y sus finos y nerviosos dedos temblaban al contar las palabras—. «Peligro». ¡Ajá! Esto va bien. Apunte esto, Watson: «Hay mucho peligro - puede - ocurrir - muy - pronto - a... aquí viene el nombre "Douglas"... rico - campo - ahora - en - Birlstone - Casa - Birlstone - en - situado - apremiante». ¡Ya está, Watson! ¿Qué me dice ahora de la razón pura y los frutos que da? Si el verdulero vendiera coronas de laurel, mandarían a Billy a por una.

Yo miraba fijamente el extraño mensaje que había ido garabateando, a medida que él lo descifraba, en un folio apoyado en mis rodillas.

—¡Qué manera más rara y enrevesada de expresarse! —dije.

—Por el contrario, lo ha hecho considerablemente bien —dijo Holmes—. Cuando buscas en una sola co-



lumna las palabras para tu mensaje, mal puedes esperar encontrar todas las que quieres. Algo tienes que dejar a la inteligencia del destinatario. El significado está perfectamente claro. Alguna maldad se trama contra un tal Douglas, quienquiera que sea, un rico caballero de provincias que reside donde aquí dice. Está seguro de que la situación es apremiante: «situado» es lo más parecido que encontró a «situación». Aquí tenemos el resultado, y podemos decir que ha sido un trabajito de análisis bastante meritorio.

*Regodearse:
Deleitarse,
complacerse.*

Cuando le salían las cosas bien, Holmes sentía el gozo impersonal del verdadero artista, del mismo modo que se sumía en el más negro desconsuelo cuando quedaba por debajo del alto nivel al que aspiraba. Todavía estaba regodeándose en su éxito cuando Billy abrió de par en par la puerta e hizo entrar en la habitación al inspector MacDonald de Scotland Yard.

Esto ocurría en los viejos tiempos, a finales de los ochenta, cuando a Alec MacDonald le quedaba aún mucho camino para alcanzar la fama nacional de la que goza ahora. Era un joven pero prometedor miembro del cuerpo policial, que se había distinguido en varios de los casos que se le habían encomendado. Su figura alta y huesuda denotaba una fuerza física excepcional, y su voluminoso cráneo y sus ojos hundidos y brillantes proclamaban con no menos claridad la aguda inteligencia que destacaba tras sus pobladas cejas. Era un hombre llamado y meticuloso, de carácter austero y con un fuerte acento de Aberdeen⁶. Holmes ya le había ayudado dos veces en su carrera, reservándose como única recompensa el gozo intelectual de resolver el problema. Por esta razón, el escocés sentía profundo afecto y respeto por su colega aficionado, y lo demostraba con la franque-

⁶ Ciudad y puerto del noroeste de Escocia, a orillas del mar del Norte, en la desembocadura del Dee.



za con que consultaba a Holmes siempre que tenía dificultades. La mediocridad no reconoce nada por encima de sí misma, pero el talento reconoce al genio al instante, y MacDonald poseía el suficiente talento profesional para darse cuenta de que no tenía nada de humillante procurarse la ayuda de un hombre que ya no tenía rival en Europa, ni en facultades personales ni en experiencia. Holmes no era hombre propenso a la amistad, pero se mostraba tolerante con el corpulento escocés y sonrió al verlo.

—Es usted un pájaro madrugador, Mac —dijo—. Ojalá tenga suerte y atrape su gusano. Me temo que esto significa que algo malo se está cociendo.

—Creo, señor Holmes, que habría sido más sincero si hubiera dicho «espero» en lugar de «me temo» —respondió el inspector con una sonrisa de complicidad—. Bueno, quizás un traguito serviría para quitarse el frío de la mañana. No, gracias, no quiero fumar. Tengo que ponerme rápidamente en camino, porque las primeras horas de un caso son las más importantes, como sabe usted mejor que nadie. Pero... pero...

El inspector se había callado de golpe y estaba mirando con una mirada de absoluto asombro un papel que había sobre la mesa. Era la hoja en la que yo había garabateado el enigmático mensaje.

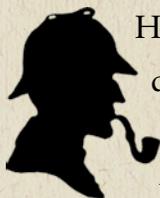
—¡Douglas! —balbuceó—. ¡Birlstone! ¿Qué es esto, señor Holmes? ¡Señor, esto es brujería! Por todo lo más sagrado, ¿de dónde ha sacado usted esos nombres?

—Es un mensaje en clave que el doctor Watson y yo hemos tenido ocasión de descifrar. Pero ¿por qué...? ¿Qué tienen de malo esos nombres?

El inspector nos miró primero a uno y luego a otro, atónito y desconcertado.

—Solo esto —dijo—: que el señor Douglas, residente en la mansión Birlstone, ha sido asesinado de un modo espantoso esta mañana.

El valle del terror



Holmes y Watson viajan al valle de Sussex, donde un caballero americano que reside en Inglaterra ha sido violentamente asesinado en su mansión, una antigua fortaleza aparentemente inexpugnable. La metodología deductiva, el análisis de criptogramas y otras armas de Holmes en su lucha contra el crimen organizado son descritas con precisión en esta primera parte de la novela. Pero el resultado de la investigación nos trasladará al otro lado del Atlántico, a las minas de Pensilvania y a una sangrienta sociedad secreta... El crimen organizado, el misterio y la acción trepidante configuran una brillante segunda parte en la que Doyle se anticipa a la llamada «novela negra».



www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-678-6156-3



9 788467 861563

1566075



ANAYA